

MI PRIMERA MAESTRA

(Relato)

Lic. Jairo Arenas Acevedo*

Yo no amo, ni amé a mi primera maestra. No puedo olvidar mi primera escuela ni a mis primeros maestros. Ellos me encerraron y me sentaron durante cinco horas diarias en un pupitre del que no me podía mover, porque si lo hacía ya era un indisciplinado. Por ello no me gustaba ir a la escuela. Era demasiado aburrido.

No olvido las "manos arriba, al frente, atrás" cuando los profesores necesitaban que les prestáramos atención.

Mi espacio antes de llegar allí era la casa, la calle, mi trabajo era el juego, mi herramienta era el movimiento. A través de lo anterior hice amigos, exploré, experimenté. Pero ellos me academizaron. Era libre y me alejaron de mí mismo. ¡Me educaron!

* Egresado del programa de Educación Física del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia.

Después de haber asesinado mi lado izquierdo, los perdono. De todas maneras no son culpables. La educación física era un castigo, no existía una estructura ni marco conceptual referente a este aspecto. Si por casualidad se aproximaron a un trabajo con el movimiento su único fin era el de "sacar la leche" para que no "jodiéramos" más, y se hacía con un estilo totalmente militarista.

Cuando llegábamos tarde a la escuela el profesor encargado de la disciplina, después de terminar la jornada de clases, nos dejaba media hora haciendo el aseo y luego "manos al pecho... al trote mar", pero lógicamente antes estaba el "atención... fir".

Recuerdo que el director tenía un gran anillo en su mano derecha y una vez que yo estaba jugando "chucha" casi le guardo el anillo en mi cabeza, porque en el

patio de recreo no se podía correr. (¡No le guardé el anillo en mi cabeza pero sí en el recuerdo!)

Ellos, mis primeros profesores, no se atrevieron a pensar que a través del movimiento se podía dar una dimensión más agradable al aprendizaje de otras áreas. No pensaron que el juego podía contribuir a orientar la formación de sus alumnos. Lo único que les preocupaba era que aprendiéramos a leer y escribir, a sumar y restar.

Aún, mutilado en mi lúdica escolar infantil, los vuelvo a recordar. Menos mal que la calle me volvió a la vida y pude volar a construir sueños.

Me pregunto si los niños de hoy recordarán mañana a los maestros que, por negligencia o apatía, no les brindan la posibilidad de movimiento, de goce, de disfrute.